

El viento sopla donde quiere

William Wooldridge FEREDAY

biblicom.org

Índice

| | |
|---|---|
| La acción soberana del Espíritu de Dios | 3 |
| Esteban, Hechos 6:8-15 y 7 | 3 |
| Felipe, Hechos 8:4-8, 14-17 | 4 |
| Saulo de Tarso, Hechos 9:1-22 | 5 |
| Apolos, Hechos 18:24-28 | 5 |
| Conclusión | 6 |

La acción soberana del Espíritu de Dios

En su conversación con Nicodemo, Jesús habla del nuevo nacimiento que se produce en un alma por la acción del Espíritu Santo: «Os es necesario nacer de arriba. El viento sopla de donde quiere y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu» (Juan 3:7-8). La comparación con el viento que sopla en una dirección que no podemos predecir ilustra el carácter imprevisible de la acción soberana del Espíritu Santo.

Veremos ejemplos de ello en el libro de los Hechos. Este libro presenta principalmente el testimonio del Espíritu de Dios a través de Pedro y de Pablo. Ellos son, respectivamente, los apóstoles de la circuncisión y de la incircuncisión, es decir, enviados a proclamar el Evangelio a judíos y no judíos (Gál. 2:7-8). Sin embargo, el Espíritu Santo actúa con total libertad. No actúa según normas establecidas, y merece la pena observar cómo suscita testigos y obreros como y cuando él quiere.

Esteban, Hechos 6:8-15 y 7

Al principio de la historia de la Asamblea, Pedro y Juan fueron abundantemente utilizados por el Espíritu Santo en Jerusalén. Allí, especialmente por boca de Pedro, dieron un testimonio valiente y fiel, que atrajo la hostilidad y la persecución de los dirigentes del pueblo. Su servicio debía continuar. Pero ahora Esteban está llamado repentinamente al frente para dar un poderoso testimonio a la nación judía. Esto es tanto más notable cuanto que este fiel creyente había sido elegido, no mucho antes, para servir «a las mesas» (6:1-6). Era uno de los 7 a quienes «la multitud» de discípulos había apartado para este servicio, y a quienes los apóstoles habían dado su mano de asociación. Se les había encomendado la tarea de regular los asuntos temporales para mantener la paz en la Asamblea.

La función principal encomendada a Esteban no era la predicación. De hecho, a lo largo de la Biblia, nadie es nombrado o establecido para predicar la Palabra de Dios. Pero Esteban es un ejemplo de lo que se nos dice en 1 Timoteo 3: «Los que bien han servido, obtienen para sí una buena madurez, y mucha confianza en la fe que es en Cristo Jesús» (v. 13). Muy pronto lo encontramos comprometido en la primera línea del testimonio público para Cristo (Hec. 6:8-10). Todos los apóstoles estaban todavía en Jerusalén en aquel momento (comp. 8:1). Estaban llenos del Espíritu y en un estado espiritual que les permitía ser utilizados por Dios. Y, sin embargo, el Espíritu

toma a un creyente que tiene el oficio de diácono y le confía la tarea de dar un testimonio de excepcional solemnidad ante los jefes religiosos de Israel. El discurso del capítulo 7 no es una predicación del Evangelio, sino una acusación contra la nación. Ante el Sanedrín, Esteban relata toda la historia del pueblo desde el llamado de Abraham, y les reprocha su pecado reiterado: «Resistís siempre al Espíritu Santo» (v. 51). Destaca su desobediencia a la Ley (v. 39), su constante idolatría (v. 41-43), la persecución de los profetas (v. 52) y, por último, la condena y asesinato del único Justo (v. 52).

Su actitud hacia Esteban es el rechazo último y definitivo del testimonio que les había dado el Espíritu Santo. Al oír a Esteban, se estremecieron de rabia en sus corazones, rechinaron los dientes contra él y se taparon los oídos (v. 54, 57). El testigo fiel fue entonces expulsado de la ciudad y apedreado hasta la muerte (v. 58). Fue así como Israel envió a Cristo el mensaje tras su partida: «No queremos que este reine sobre nosotros», según la parábola de las minas de [Lucas 19:14](#).

El testimonio de Esteban marca así una etapa en la historia de los tratos de Dios con Israel. Es el final de la primera parte de la misión confiada a los discípulos: «Seréis mis testigos, no solo en Jerusalén sino también en toda Judea, Samaria y hasta en los últimos confines de la tierra» ([Hec. 1:8](#)). No sabemos por qué el Espíritu de Dios no se sirvió de Pedro o de otro de los apóstoles para dar este importante testimonio a Israel. Pero aquí vemos su libertad y soberanía en su acción.

Felipe, Hechos 8:4-8, 14-17

La historia de Felipe nos ofrece otro ejemplo. Había que predicar el Evangelio en Samaria. Este cumplimiento del mandato del Señor era de gran importancia debido a la posición especial que Samaria había ocupado en relación con Jerusalén durante varios siglos. Los samaritanos eran una raza mixta, descendientes tanto de Israel como de pueblos paganos (comp. [2 Reyes 17](#)). Sin embargo, afirmaban adorar al Dios de Israel, tenían cierta reverencia por las Sagradas Escrituras y habían construido su propio templo en el monte Gerizim. Por todas estas razones, los judíos los odiaban y no tenían ningún trato con ellos (comp. [Juan 4:9, 20](#)).

La predicación del Evangelio a los samaritanos fue, por tanto, un acontecimiento de gran importancia y significado. Sin embargo, vemos que, una vez más, el Espíritu no confía esta tarea a los 12. Utiliza a Felipe, otro de los 7 diáconos que habían sido

elegidos para servir en [Hechos 6](#). Llega a Samaria, predica a Cristo, realiza milagros de curación y llena de gran gozo la ciudad donde se encuentra.

En su sabiduría, Dios no da inmediatamente el don del Espíritu Santo a los nuevos conversos de esta ciudad. No recibieron este don hasta la visita de Pedro y Juan, algún tiempo después. Pero toda la obra en las almas fue hecha por el testimonio de Felipe, el enérgico evangelista. Como en la historia de Esteban, vemos aquí la soberanía del Espíritu en su manera de actuar.

Saulo de Tarso, Hechos 9:1-22

Ahora llegamos a Saulo de Tarso. Había llegado el momento en que Dios quería revelar plenamente lo que era la Asamblea recién constituida, su carácter celestial y todos los propósitos de Dios para ella. Para revelar esto, Dios no utilizó a uno de los 12 apóstoles. Llamó a un siervo completamente nuevo, de un trasfondo totalmente inesperado. Aquí estaba un implacable perseguidor de cristianos, repentinamente arrancado de esta horrible actividad. Está arrebatado por la voz del propio Cristo, glorificado en el cielo. A su debido tiempo, se convierte en el depositario de los pensamientos y planes de Dios para la Asamblea.

Y como si Dios hubiera querido hacer aún más llamativa la realización de su acción soberana, no es uno de los 12 apóstoles quien fue enviado a Saulo para prestarle ayuda, cuando estaba ciego, sin comer ni beber durante 3 días. Aunque Saulo estaba destinado al más alto servicio, fue un simple discípulo, Ananías, del que solo oímos hablar una vez en el Nuevo Testamento, quien fue enviado a él. Ananías le impone las manos para que recupere la vista y reciba el Espíritu Santo. Y lo bautizó. Todo esto sucedió fuera de Jerusalén, y sin ninguna contribución de los 12 apóstoles.

Apolos, Hechos 18:24-28

He aquí otro siervo de Dios. En primer lugar, no conocía nada más que «el bautismo de Juan» (v. 25). Es decir, ejercía un ministerio similar al de Juan el bautista, que invitaba a las multitudes a bautizarse en señal de arrepentimiento y aceptación del Mesías que había venido a instaurar su reino (comp. Mat 3:1-6). Apolos solo podía predicar lo que sabía. Lo hizo con cuidado, respaldando todo lo que decía con las

Escrituras. «Este estaba instruido en el camino del Señor; y de espíritu fervoroso, hablaba y enseñaba con exactitud lo concerniente a Jesús» (v. 25). Y hablaba con valentía. Dos creyentes, Aquila y Priscila, le oyeron predicar en la sinagoga de Éfeso. Se dieron cuenta de que Apolos era un verdadero creyente, pero que necesitaba ser ayudado e instruido más a fondo. Le invitaron a su casa y «le expusieron más exactamente el camino de Dios» (v. 26). El resultado fue que Apolos se convirtió en un poderoso predicador del Evangelio de Cristo. «Fue de gran provecho a los que habían creído mediante la gracia» (v. 27).

Su servicio era muy distinto del de Pablo y los 12, y lo hacía de forma independiente. Pablo escribe de él en la Primera Epístola a los Corintios: «Yo planté, Apolos regó; pero Dios dio el crecimiento» (3:6). Al final de la Epístola, escribe: «En cuanto al hermano Apolos, mucho le rogué que fuese a vosotros con los hermanos, pero de ninguna manera era su voluntad ir ahora; pero irá cuando tenga oportunidad» (16:12).

Conclusión

Todos estos ejemplos nos enseñan. El Espíritu de Dios está en la tierra para glorificar a Cristo y dispensar las riquezas de Dios a la humanidad. Él es soberano en todo lo que hace. Al hombre le gustan las cosas habituales, fijas, estereotipadas. Es fácil pensar que las bendiciones de Dios solo pueden llegarnos de maneras conocidas. Pero no es así como actúa el Espíritu Santo. Él utiliza a una persona, o una manera de hacer las cosas, una o varias veces. Puede dejarlos de lado, permanentemente o por un tiempo, y usar a otros, como le plazca. Una manera particular de hacer las cosas ha sido ricamente bendecida una o dos veces, pero no se convierte en la norma. El Espíritu de Dios no está en la tierra para exaltar al hombre, sino a Cristo.

Fuente: ME, año 2016, página 367 y sig.